

Título: Diez días / Seudónimo: Siena

Llego tarde y no veo con mis gafas de lejos si será ese mi autobús. Las cambio por las de cerca. Sí es él, ahí viene. Me subo y vuelvo a buscar a lo lejos un hueco con mi vista miope. Ese va a ser -me digo, o intuyo- un asiento en tercera fila junto a la ventanilla, todo por no sacar las gafas de lejos, porque total, para dos minutos, es tontería, yo lo que quiero es leer mi libro.

-Perdón,-digo al pasar hasta ocupar mi sitio-.

-Nada, nada señora, pase usted -me dice mi compañero de asiento-.

Rebusco en mi bolso el libro y lo saco feliz

¡ Por fin!, son cuarenta minutos míos, enteritos para mí.

Arrancamos con medio autobús vacío y me sumerjo en mi novela. Cuando vuelvo a mirar el reloj, entramos la estación, lástima-pienso- y cierro el libro en lo más interesante. Toca esperar diez días hasta mi viaje de vuelta.

Cuando llego ella sonríe y me mira.

Me despido de su hija.

-Vamos Anita, te voy a poner muy guapa que un día nos iremos muy lejos.

Me la llevo al baño, la enjabono, la seco, la peino, le pongo colonia y el pijama. Ella se deja hacer sin ni siquiera una protesta. Preparo la cena. Me sigue a todos lados como un perrillo faldero y cuando la miro sonríe asintiendo.

Así llevo medio año.

Cuando llega mi día y medio de descanso, a la vuelta, o a la ida sentada en el autobús devoro mi novela.

Siempre cada diez días, tengo cuarenta minutos.

Día y medio mío y de mis hijas. Escucharles, cocinarles, ir de compras...

Les cuento de mi anciana, que ya no sabe como se llama ni conoce a nadie y de la arpía de su hija que me espera impaciente deseando perderla de vista.

No suelo despedirme de ellas.

Así casi sin darme cuenta, otra vez en mi autobús, con mis cuarenta minutos. Abro mi libro, me sumerjo y el tiempo se para.

Llego frente a la puerta que siempre encuentro abierta y a su hija esperando nerviosa.

- Hola, -me dice rotunda-. Las pastillas rojas se las ha quitado el médico -añade sin más preámbulos-.

-¿Las rojas?- le digo sin entender-.

-Sí, adiós, tengo prisa, en el papel está todo escrito. Sobre la cómoda -añade-.

-Bien, lo leeré.

Su coche arranca sin un beso.

La miro a ella yendo de aquí para allá sin encontrar su sitio y le susurro al oído:

-Anita, vamos a por tu abrigo que vas a conocer tus nietas.

-Nietas...-repite titubeante-

Y yo misma me sorprendo de mi mentira y de lo que estoy diciendo, pero una alegría me invade. Recojo cuatro trapos y salimos del brazo.

Subimos al autobús. Hoy con mis gafas de lejos.

Abro mi bolso buscando un pañuelo y veo mi libro sin quererlo. Lo cierro con un suspiro y le cojo su mano.

Este viaje es diferente.

La vuelta será más triste... pero todavía tengo ¡diez días!